

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México



LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Mientras descubría su blanca cabeza con corte militar, el presidente Díaz se acercó a la tumba de Benito Juárez en el pequeño panteón de San Fernando.

A sus ochenta años, el jerarca y héroe del México moderno, protagonista del hemisferio americano y un misterio inescrutable para los estudiosos del gobierno, estaba de pie con todo el garbo y la fuerza de un viejo guerrero mirando el rostro esculpido del inmortal indígena abogado y estadista, bajo cuyo liderazgo, en el lejano valle de Oaxaca, él apartó su alma juvenil de las ambiciones sacerdotales y empuñó una espada que no volvió a enfundar sino hasta que la república mexicana despertó al fin de su larga noche de vergüenza, confusión, debilidad y sufrimiento, para ocupar un lugar entre las naciones respetadas y aceptadas en el mundo.

A pesar de su edad, Porfirio Díaz parecía la personificación del poder y el valor.

Estaba completamente rodeado de tumbas y monumentos de dirigentes mexicanos: el general Guerrero, soldado en la primera etapa de la guerra de independencia, más tarde presidente y que encontró una

muerte sangrienta al ser víctima de una traición; Ignacio Comonfort, también presidente, asesinado a sangre fría por traidores mexicanos; el general Zaragoza, quien obligó a retroceder a los invasores franceses en aquel inolvidable 5 de mayo; el general Arteaga, muerto a sangre fría por órdenes de Maximiliano; los generales Miramón y Mejía, ejecutados con Maximiliano, cuando la caída del fastuoso imperio del invasor austriaco marcó la última intromisión de la Europa armada en las repúblicas de América.

Como victorioso sobreviviente de medio siglo de guerras y traiciones casi sin precedentes en la historia de la humanidad, donde la democracia imaginativa, la monarquía y el poder eclesiástico lucharon por su vida, la fortaleza y el sentido común de Díaz habían aportado más de treinta años de paz a su país.

De los descoloridos muros rosa y café de la muy cercana iglesia de San Fernando llegaba el sonido de los solemnes cánticos dominicales, y el repentino tañido de las campanas situadas sobre las antiguas iglesias de la capital mexicana retumbaba con estridencia entre los grises monumentos donde el constructor de una nación estaba en íntima comunión con el pasado muerto de ésta.

La frente amplia y ancha, inclinada, remataba en una cabellera blanca tiesa y sobresalía de los ojos hundidos, oscuros, inquisitivos —ojos tiernos, que desviaban la mirada rápidamente, ojos de una formidable mirada intensa, amistosa, confiada, divertida— y la nariz ancha, fuerte, cuyas fosas se dilataban con cada emoción como muestra de sensibilidad, armonizaban con la tremenda fuerza trituradora de las potentes mandíbulas que se extendían desde las orejas grandes y planas, pegadas a la cabeza; el mentón cuadrado y sólido; la boca grande, expresiva, enmarcada por un bigote níveo bien cuidado, la cabeza vigorosa en forma de óvalo, el cuello corto, musculoso, los hombros anchos y la caja torácica profunda.

Había cierto magnetismo en su mirada, una tensa gallardía y dignidad en la esbelta figura, una actitud nerviosa en la forma de erguir la cabeza, indicativa de una virilidad y tenacidad que podían desafiar las tensiones y golpes de toda una vida de aventuras, peligros y tentaciones.

Con un gesto de reverencia, el venerable dirigente colocó una guirnalda de violetas frescas en la figura de mármol tendida trágicamente entre coronas cubiertas de polvo y listones desteñidos. En ese momento, las cornetas y tambores de los militares distantes respondieron al desahogado repiqueteo de las campanas, como si el tributo de un Díaz vivo a un Juárez muerto hubiera traído del pasado la lucha entre la Iglesia y el Estado, que por más de cincuenta años desoló a México y ensangrentó su suelo. Luego, los sonidos se apagaron y todo quedó en silencio en el pequeño cementerio nacional donde patriota y traidor, soldado y estadista, republicano e imperialista, reposan juntos en la tierra, indiferentes por igual a las guerras, estratagemas o traiciones.

Hubo una época en que hasta Díaz y Juárez estuvieron en guerra. Entre las proezas de uno y las teorías del otro yacía en toda su amplitud el problema del gobierno civilizado. Cuando México se entregó de lleno y con entusiasmo a las formas anglosajonas de la democracia desafió su propia historia y tradiciones, no tomó en cuenta los instintos de la sangre que corría por sus venas, olvidó los templos y palacios derribados y la extinta civilización de sus pueblos prehistóricos —recurriendo en un día de emoción heroica a las instituciones que únicamente son posibles para las naciones de máxima capacidad política— y quienes habían sufrido juntos en nombre de una república oprimida por largo tiempo entraron de nuevo en guerra, tal vez no conscientes de que la auténtica interrogante era si un principio político o un método político, que son verdaderos o posibles en un sitio, son verdaderos o posibles en todas partes, o si la raza, el clima o el tiempo, o los tres factores juntos, deben determinar si en una nación gobernará temporal o permanentemente el líder que sea más popular o el que tenga mayores méritos.

La lealtad paciente de Juárez, “el hombre de la levita negra”, para abstraer los ideales de la democracia, fue lo que inspiró a Víctor Hugo, el importantísimo novelista, para dirigir al presidente indígena su famoso mensaje después de la caída del imperio de Maximiliano en 1867: “La América actual tiene dos héroes, Lincoln y usted: Lincoln, por quien la esclavitud ha muerto; usted, por quien la libertad ha vencido. México se salvó por un principio y por un hombre. Ese hombre es usted”.

No obstante, sobre todas las cosas Benito Juárez era abogado. Tenía la visión sin la fuerza ejecutiva. Le interesaban más las teorías de gobierno que el gobierno en sí. Aunque su pluma dio un golpe mortal a la tiranía eclesiástica y valientemente derramó la sangre del emperador Maximiliano, dando al mundo un raro ejemplo de modesta dignidad, paciencia y lealtad a un principio, ni la pureza del propósito ni su interpretación de las teorías filosóficas y gubernamentales pudieron llevar la paz y la prosperidad a un pueblo que hablaba 56 lenguas, degradado y empobrecido por siglos de mal gobierno, un país desestabilizado una y otra vez por las guerras civiles y las invasiones: una nación confundida, con un erario vacío, sin crédito nacional o internacional, plagada de bandidos armados, consumida y atormentada por sucesivas insurrecciones.

¡Paz y honor a las cenizas del patriota incorruptible en quien la sangre pura de la América aborígen encontró su reivindicación suprema! Su lugar en la historia está a salvo.

Sin embargo, a su sucesor, Porfirio Díaz, le correspondió la tarea de traer paz, orden, fortaleza, crédito y progreso a México. En él se mezcla la sangre de los mixtecos primitivos con la de los españoles invasores. Ha gobernado a su país durante treinta años. A veces, el suyo ha sido un gobierno duro, pero real.

A la muerte del gran Juárez, los mexicanos eran pobres, estaban divididos y abatidos. De los líderes instalados en la capital había salido el grito de una democracia triunfante, recibido por un pueblo casi sin comercio o industria y dispuesto a arremeter de nuevo unos contra otros; la policía movía a risa; había corrupción en los tribunales; no existían bancos que ocuparan el lugar de la Iglesia todopoderosa y prestamista, ahora ya despojada de su riqueza; los secuestros eran comunes, incluso en las calles de la capital; los salteadores de caminos habían tomado todas las carreteras, mezclando las palabrotas con una jerga rimbombante sobre los derechos del hombre; los bonos mexicanos se vendían en Londres a diez centavos de dólar; el crédito mexicano en el país y en el extranjero era objeto de burla.

No fue sino hasta que Porfirio Díaz se convirtió en jerarca de México, y que el poder, la inteligencia y la justicia práctica de su liderazgo

avanzaron sin oposición entre las abstracciones meramente bellas de la democracia fantasiosa hacia una paz real e ininterrumpida, cuando el pueblo de México dejó de ser un caos de disputas políticas y religiosas y se transformó en nación.

No era que la libertad hubiera desaparecido. Tampoco la constitución democrática dejó de ser un ideal abstracto intacto e invariable de justicia política y social. Pero con la tranquilidad, la unidad y el orden como cimientos de la civilización sobre los cuales deben apoyarse la prosperidad, el desarrollo y el crédito, el presidente Díaz se opuso decididamente a la guerra en un país que se dedicaba a ella por completo. Con la sola fuerza de su carácter, el héroe de cincuenta batallas se convirtió de soldado en estadista, conduciendo a su país al hábito de la laboriosidad, mediante el establecimiento del crédito nacional en todos los países, atrayendo cientos de millones de dólares de capital extranjero a la república, hasta hacer que miles de kilómetros de vías férreas atravesaran sus estados y el telégrafo los uniera, con vastos sistemas de manufacturas que complementaban las riquezas de rápido crecimiento derivadas de la minería y la agricultura, todos con el servicio de espléndidos puertos marítimos nuevos y otras obras públicas. De manera que el continuo aumento de las escuelas y universidades que fecundaban la inteligencia nacional, con un erario repleto, la generación de una paz continua, la venta de bonos mexicanos en los mercados del mundo a un precio superior a los de las antiguas naciones europeas, siendo la palabra de México válida en todos los países, hay pocos motivos para asombrarse de que, ya sea que Porfirio Díaz ha gobernado su país conforme a la teoría de los países anglosajones o según las capacidades y necesidades del grueso de sus compatriotas, el veredicto del mundo es que él solo ha sabido cómo transformar al populacho en un pueblo consciente de la nacionalidad y que, haciendo a un lado todas las teorías institucionales, se le debe catalogar entre aquellos que en la historia han sido constructores de una nación.

La opinión de todas las personas responsables fue resumida por el presidente Roosevelt cuando, desde la Casa Blanca, el día 7 de marzo de 1908 escribió: "El presidente Díaz es el estadista vivo más importante

en el presente y ha hecho por su país lo que ningún otro ser humano actual ha hecho por alguna otra nación, lo cual es la prueba suprema del valor que tiene el arte de gobernar”.

Lo más sorprendente sobre este destacado hombre de las Américas modernas es que su trabajo sereno, pacífico y certero, como estadista y gobernante, contrasta en forma notable con un sendero anterior de luchas casi continuas. Tales aventuras románticas, combates cuerpo a cuerpo, escapadas por un pelo, encarcelamientos, fugas, victorias y derrotas hacen que su juventud parezca casi legendaria. Una faceta del carácter que persiste en toda la historia de su vida es su integridad y la congruencia de sus intenciones.

El presidente Díaz no es anglosajón. Admira las instituciones anglosajonas. Cree que la democracia es el único principio equitativo de gobierno. Sabe que la democracia es posible en todas sus partes sólo para las personas que tienen un autocontrol natural y un respeto abstracto por la ley. Su éxito al sacar a su país de la confusión, los conflictos, la pobreza y la ignominia le ha permitido tener una influencia tan grande entre los mexicanos que durante treinta años, a pesar de las teorías democráticas, ha gobernado a México con el poder de un autócrata. Tampoco ha mostrado el mínimo deseo de garantizar la permanencia de su poder mediante la modificación de la forma escrita de la república. Su vida ha sido un puente sobre el cual espera que su pueblo camine hacia una libertad civil perfeccionada. Sin embargo, ha aprendido a distinguir entre las verdades que llevan a la anarquía y los métodos que producen paz, prosperidad y, en última instancia, concordia. No obstante, por mucho que crea en las futuras posibilidades de las razas gentiles y agradables de donde han surgido profesionales tan competentes, y que han demostrado tanto valor al luchar por la independencia nacional, en la historia de su país ha visto abundantes pruebas de que las difíciles responsabilidades individuales, que acompañan al gobierno democrático absoluto, no puede asumirlas completamente el pueblo mexicano, sino hasta que la educación y los hábitos arraigados de laboriosidad hayan allanado el camino.

No es justo tratar de establecer un franco contraste entre la obra de Juárez y los logros de Díaz. Juárez cumplió con un gran objetivo

de manera grandiosa: mantuvo vivo un principio. Empero Díaz creó una nación. Díaz poseía la sabiduría práctica de Marcelo, el gramático, cuando le dijo a Tiberio: “César, podéis darle la ciudadanía romana a los hombres, pero no a las palabras”.

Pocas veces en la historia encontramos que el idealista absoluto es un gobernante de éxito. Tiende a suavizar o hacer caso omiso de los hechos cuando están reñidos con las teorías. Su función más eficaz es inspirar el espíritu de gobierno, buscar y aclarar los fines legítimos del gobierno y promover la aceptación alentadora, inteligente, leal y general de las cargas necesarias del gobierno, en vez de dirigir los métodos gubernamentales.

Washington declaró solemnemente que su confianza en la Constitución de los Estados Unidos se apoyaba en el admirable espíritu de conciliación en que fue concebida. Si el estadista más sensato y ecuánime de su época pudo decir eso de la gran ley orgánica en que florecieron las aspiraciones y capacidades inconquistables de la raza anglosajona, ¿qué debe decir la filosofía —el nombre más señorial que se da al sentido común— de los variables cambios y concesiones mutuas que existen inevitablemente entre las fórmulas democráticas nobles, que los imaginativos patriotas mexicanos tomaron de los anglosajones, y la paz, prosperidad y la libertad individual fundamental que son el objeto supremo de la república, una gran mayoría de cuyos ciudadanos no pueden leer ni escribir, como individuos son indiferentes a las instituciones políticas y al parecer descienden de muchas sangres orientales, probablemente asiáticas?

No hay en el mundo una figura más heroica, más imponente y atractiva que Porfirio Díaz, por cuyas venas se agita la turbulencia de dos razas y dos civilizaciones. La historia moderna tampoco presenta un problema más fantástico y apabullante que México, donde el misterio de su pasado remoto, muy difícil de leer en los palacios y templos prehistóricos, hace que su futuro sea mucho más inescrutable.

En nombre de la religión, los sacerdotes españoles que llegaron a México bajo la protección de Hernán Cortés y sus conquistadores vestidos con armaduras pusieron fin a toda una civilización remontándose,

tal vez miles de años, mediante la destrucción sistemática, implacable y total de sus anales.

A la lucha prolongada y sangrienta que expulsó la bandera española de México le siguió un conflicto salvaje y, en ocasiones, casi bárbaro entre las fuerzas republicanas y la autoridad eclesiástica, dando como resultado que las arrogantes y licenciosas órdenes monásticas perdieran sus facultades cívicas, la Iglesia fuera despojada de sus enormes propiedades, se abolieran sus privilegios exclusivos y al clero lo privaran de sus derechos políticos, quedándole al gobierno de la república triunfante un Estado democrático experimental, el cual buscaba expresar una imaginación ilimitada en términos de una experiencia provincial.

Luego al país lo desgarraron los invasores y Napoleón III inventó un trono mexicano imperial para el archiduque austriaco Maximiliano. El primero era un monarca débil y traicionero, cuyo sueño de jugador consistente en abrir camino a la raza latina en el continente americano no sólo incluía la destrucción de la república mexicana, sino en apariencia también la conquista final de la gran democracia anglosajona que protegía a todas las demás repúblicas americanas contra las ambiciones de la monarquía europea armada.

Hubo días en que la independencia de México, si no es que el futuro del hemisferio americano, parecían depender de Porfirio Díaz. Si no hubiera logrado bajarse en la oscuridad por la cuerda que colgaba de la azotea de su prisión conventual en Puebla; si hubiera aceptado el soborno imperial de Maximiliano y empuñado su espada contra la república; si hubiese perdido la batalla decisiva de Puebla, la cual permitió sitiar a la capital y dejar a Maximiliano indefenso en Querétaro; si hubiese pensado en sí mismo y no en su causa y hubiera desfallecido, se hubiera desanimado o hubiese cometido un error garrafal en alguna de las crisis que estaban supeditadas a su valor, patriotismo y poder, Napoleón III se habría afianzado en las ruinas de la libertad mexicana y al menos intentado la conquista armada de la democracia en el nuevo mundo. Cuando Maximiliano y sus invasores habían metido una cuña de bayonetas en el corazón de México, cuando el presidente Juárez fue obligado a ir hacia el norte hasta que su gobierno fugitivo se asiló en

una población al lado de la distante frontera estadounidense, en ese momento de debilidad y desconsuelo, fue el joven soldado Díaz quien conservó vivo el espíritu de la resistencia, quien reunió a los indígenas pobres y despreciados, los entusiasmó apelando a su patriotismo, les enseñó a pelear y, sin comunicación con Juárez o sus ministros, creó y equipó a un ejército de lugareños y lo condujo sin resistencia posible a través de un laberinto de montañas volcánicas y valles reseco contra soldados blancos veteranos a las órdenes de famosos oficiales europeos, burlando a los experimentados comandantes de Napoleón, haciendo añicos las líneas imperiales con sus andrajosos voluntarios indígenas, y obligando al enemigo a que retrocediera todo el tiempo hasta que la última gran victoria la logró el presidente Juárez al entrar de nuevo a la capital mexicana custodiado por las tropas de Díaz, para izar en el palacio nacional la bandera de la República que el leal general había puesto en sus manos.

Pero lo que Díaz consiguió como soldado, sus aventuras maravillosas y casi increíbles, y su resistencia a la tentación, si bien pueden estimular a fondo la imaginación promedio, son menos importantes que los treinta años pacíficos de su labor como presidente de la república. Ese largo trecho de un mandato fuerte, acertado y crecientemente revitalizador es lo que le eleva en su vejez a una altura de distinción tal, que lo conocen en todas las naciones y su nombre es aceptado por doquier como garantía para su país.

Juárez fue el que dijo: “El respeto al derecho ajeno es la paz.” Estas sabias palabras están grabadas en la mayoría de los monumentos erigidos en memoria del abogado indígena. Pero el respeto al derecho ajeno no es un instinto natural en todas las razas. En algunas, predomina, en otras parece casi no existir. Sin éste, la verdadera democracia es

respeten el derecho ajeno, el gobierno se convertirá en un instrumento inmediato de la voluntad popular. No puede haber aseveración más sólida que decir que una nación libre no es un mecanismo, sino un organismo en donde todas las células están conscientes; se deduce que mientras la paz, la educación y la laboriosidad prolongadas no desa-

rrollen por completo la inteligencia y absorban las energías del pueblo mexicano en conjunto, la idea rectora de México deberá hallarse en el lema brusco, aunque práctico, del presidente Díaz: “Menos política y más administración.”